
Querido amigo

Angélica Gorodischer



En enero de 1809, Alberr-George Rurhalmeyer, enviado de Su Majestad británica llega a Birnassam con la misión de firmar tratados comerciales y acercar a ambos gobiernos. Aunque conoce poco de su lugar de destino, supone que más allá de las inevitables diferencias culturales y de costumbres pronto se hallará a sus anchas. Una vez que esto suceda, Lady Ruthalmeyer, que espera en Londres, podrá acompañarlo.

Sin embargo, descubre con inquietud que los hechos se desarrollan con una lógica que él ignora. Los encuentros con los gobernantes se posponen; los conocidos no lo invitan a sus casas y cuando lo visitan en la suya, no pasan de la puerta; supone que la gente trabaja, pero no podría precisar cuándo. Lo intriga que en su casa falte la luz y más aún que alguien le diga que la luminosidad llegará cuando él tome a una mujer. ¿Está obligado a contraer matrimonio? De alguna manera sí, pero es un matrimonio que guarda pocos parecidos con el que se acostumbra en Inglaterra. Los ritos de intercambio erótico entre marido y mujer exceden a la pareja, y quien se aventura en ellos debe estar dispuesto a sumergirse en una intensidad inédita de placer y deseo. La recompensa es una felicidad desconocida.

Construida con cartas que el protagonista envía a un amigo en Londres, Querido amigo presenta un mundo maravilloso, donde Ruthalmeyer debe decidir si acepta otra forma de vida, que apague para siempre la nostalgia por Inglaterra y por Lady Ruthalmeyer, que lo arranque de cuajo del estilo occidental y lo haga renacer en Oriente. Con una prosa sensual y encendida, Angélica Gorodischer ha escrito una novela exquisita y revulsiva.

*a Tati Gímbernat,
Dulcie Camp,
Rita Kiefer.*

LA LLEGADA

Birnassam, 14 de enero de 1809

A Su Excelencia el Duque de Bartram-Weld
Chandwick Hall
Chelmsleigh
Inglaterra

Querido amigo:

El oro salta a los ojos. Todo es de oro, todo es de sol y un hombre es aquí presa de los elementos como el ciervo es en la selva presa del tigre. Es por eso que nadie anda solo: el tigre-sol acecha y mata al que se aventura en soledad por las arenas. Y es por eso que nada más llegar tuve a mi disposición una comitiva que equivocadamente atribuí al momento a mi rango de enviado de Su Majestad y que luego supe era prudencia de mis anfitriones: el protocolo se desplegaría más tarde, una vez que el huésped hubiera descansado.

Nada voy a confiar a usted de todo eso porque no está en mi ánimo fastidiado. Las audiencias, las reverencias, los saludos, las palabras, los gestos y hasta las comidas si bien se mira, son los mismos todo a lo largo y a lo ancho de este mundo. He sido recibido por el shramalimm que es más numeroso de lo que suponíamos y está compuesto por imponentes señores morenos e impávidos, he presentado mis credenciales, he sido aceptado.

Pero sí iré desplegando, ante su incredulidad, no lo dudo, y porque además de aceptado he sido adoptado por algunos personajes, todo lo extraño, raro, desacostumbrado, insólito que encuentro a cada paso en estas gentes atrapadas entre el desierto vacío y sofocante y las recónditas habitaciones no menos sofocantes, de este país cuyo nombre nos es en Inglaterra tan familiar, al menos a quienes frecuentamos la política exterior, y nos suena tan ajeno una vez que hemos llegado a él.

Sé lo que va usted a preguntarme por qué de esto hablamos antes de mi partida, y me apresuro a responderle: no, no he tenido dificultades con el idioma, al menos, no dificultades insalvables. Una que otra pregunta ante un giro del que nada sabía por qué nada me había dicho nuestro inefable maestro de abdashis, uno que otro esfuerzo ante un grupo que habla a una velocidad inconveniente para un extranjero, y eso ha sido todo.

Mi casa, si a esto puede llamársele casa, es amplia, confortable y oscura. Si tomara mujer, me dicen, sería luminosa. No sé lo que quiere decir esto pero sí sé que tomar una mujer abdashí está lejos de mis intenciones y haber traído conmigo a Lady Ruthelmayer hubiera sido impropio por más de una razón. ¿Dice usted que esto es un perverso galimatías? Por cierto que lo es: condenado estoy a la noche, cosa que no me disgusta del todo, teniendo en cuenta la presencia ubicua del sol asesino allá afuera sobre las arenas. Lo condeno a usted a las tinieblas de la ignorancia pero sólo por ahora: si bien yo no conseguiré la luz que necesito para leer, afeitarme, escribir, y tengo que procurármela con las velas traídas de Londres, usted irá disipando las sombras a medida que lea mis cartas.

En ésta y porque adivino su impaciencia, le diré que en la ciudad capital en la que me encuentro las calles no son calles ni los muros son muros ni los techos son techos y que no se conocen ventanas ni balcones ni terrazas. Y le diré más aun: cuando esos horribles animales que no son

elefantes ni son camellos pero que participan de las incomodidades que proporcionan los andares de ambos, lo dejan a uno a la entrada de la ciudad, todo lo que uno ve, boquiabierto y con el pulso acelerado por la sorpresa, es una nube.

Una nube he dicho, y no me tache usted de fantasioso, querido amigo: si la paciencia le alcanza siga leyendo esta primera misiva y verá que soy tan sensato como siempre.

Los abdassiris importan de sus vecinos más allá del Golfo enormes cantidades de seda y les pagan con el oro del subsuelo, hijo, y esto sí que responde a la veta de fantasía que todos tenemos, exacerbada en mí por la rareza del lugar, hijo del oro del sol allá arriba en el cielo. Cuando digo enormes cantidades digo bien, puesto que usan la seda para todo: para vestirse, para cubrir sus lechos, para construir sus ciudades. La seda es blanca.

Al borde de la nube de seda baja uno del animal que lo transportó durante demasiadas horas y se encuentra ante una puerta colosal labrada en madera que aun huele a mirra, a lasquis, a anaria, a benjuí, pese a los años y a las tormentas de arena. ¿Por qué una puerta si no está cavada en un muro, si bastaría con alzar la cortina de seda blanca que la contiene, que flamea al loco viento llameante del desierto, para entrar en la ciudad? Porque no es tan fácil. Si bien no hay guardias, si bien todo parece flotar al alcance de la mano, la seda se hunde en el suelo y detrás de ella, lo vi después, hay poderosas columnas que sostienen el esqueleto de la ciudad.

Le aclaro desde ya, que esas particiones de seda se llaman "rammas" en abdassis y que así he de llamarlas de ahora en adelante porque decir cortinas o particiones o muros de seda o doseles o mamparas o tapices, no sería justo. Son eso, rammass, y participan de todo lo anterior. Son además frescas, amortiguan los ruidos y las voces, y aunque usted no lo crea son seguras. Desde otro punto de vista puedo decide, querido amigo, aunque esto pa-

rezca exagerado o fuera de lugar, que proporcionan a la mente y al alma una sensación de blandura, de paz y de belleza imposible de encontrar en un muro sólido por sabiamente adornado que esté y aunque se lo haya tapizado con las más exquisitas telas. Tal vez la piedra, la madera, el ladrillo, convengan a nuestra idiosincrasia: somos lúcidos, soberbios y ambiciosos. Tal vez revistamos las paredes de nuestros edificios con terciopelos y brocados y las decoremos con pinturas porque a la vez somos respetuosos, considerados y suavemente amables.

Pero no distraigamos nuestro tiempo con filosofías más adecuadas para viajeros ociosos que para avanzadas de Su Majestad en exóticos países en los que nuestros gobernantes tienen puestos los ojos.

Mis acompañantes abrieron la puerta colosal y una vez transpuesto el umbral de arena y seda nos encontramos en una calle. Calle, sí, pero no piense usted en el lugar sobre el que da la fachada de su casa ni en la vía que recorre en coche para ir a palacio y ni siquiera en el innoble pasaje escondido por el que se deslizan los hombres en madrugada inconfesables. Piense en un laberinto silencioso flanqueado por rannas y alfombrado por la infaltable seda blanca. Alce usted la mirada entonces y verá allá muy arriba un techo de seda ondeante y comprenderá la nube de mi primera impresión. Todo se mueve, todo ondula lentamente como con pereza, como en las siestas de los trópicos, como en las mañanas del primer verano del mundo.

Todo está en silencio. Sólo mis pasos hacen un leve rrrriss-rrrasss en el suelo. Miro para abajo y descubro que sólo yo estoy calzado y que los demás tienen sus pies cubiertos por, aquí vacilo, ¿medias? ¿escarpines?, algo, en fin, que hace las veces de botas o zapatos y que está hecho, por supuesto, de seda blanca como las túnicas y los mantos y los turbantes y que, mejor que lo sepa desde ahora, se llaman "asadias".

Llego a mi casa. ¡Mi casa! Qué lejos todo esto del hogar, de un buen fuego, de una cámara cómoda y abrigada en invierno, fresca en los veranos. Qué lejos todo esto de los bosques y los castillos y las playas y las llanuras y los jardines. Qué lejos de los perros, de los caballos, de las reuniones de los jueves, del olor a establo, del perfume en el escote de una mujer vestida de fiesta, de la amistad, de las sutilezas de la política. Qué lejos por otra parte de la guerra, de la muerte, de la traición, de la duda, del miedo y del dolor. Estoy como suspendido, como si el mundo se hubiera detenido y se me concediera un descanso. Extraño reposo, pero alivio al fin de tantos trabajos, de tantos afanes cuyos objetivos el destino a veces se empeña en deshacer con dedos más hábiles que los nuestros.

Y con esta nota un sí es no es triste lo dejo, querido amigo, hasta la próxima. Reservo para ésa la descripción de éste mi hogar por ahora y espero que no por mucho tiempo.

Reciba usted los respetuosos sí que amistosos saludos de

Albert-George Ruthelmeyer

Birnassam, 16 de enero de 1809

A Su Excelencia Rupert Lockwin,
Duque de Bartram-Weld
Chandwick Hall
Chelmsleigh
Inglaterra

Querido amigo:

No ceso de hacerme una y otra vez una vaga pregunta que podría poner así en palabras: ¿hace frío ahora en Lon-

dres? Mi mente y mi cuerpo se han resistido durante tres días al calor que lo inunda todo, y de pronto, con una sabiduría que a veces les negamos en aras de la razón, se han dejado seducir y han hecho las paces con este increíble enero caliente. El resultado es que he puesto a un lado las pesadas chaquetas, los chalecos y el calzado, y que ando en camisa, mis pies cómodamente metidos en los "charras", que son esas medias-escarpines de las que le hablé en mi carta anterior. Tranquilícese usted: eso sucede sólo entre, no las cuatro paredes pero sí las innumerables rramas de mi casa.

Y creo que es el momento de que le hable de este lugar en el que vivo. ¿Me creerá usted? He esperado que sí, me he convencido de que no. No tenemos de cualquier modo que sea, otra salida que no sea ésta: yo contando, usted leyendo y meneando la cabeza con incredulidad. Sé que con la discreción que ha sido siempre una de sus virtudes, responderá a las preguntas de los amigos comunes diciendo que sí, que efectivamente ha recibido cartas de su buen amigo Albert quien le dice que está muy bien, muy a gusto y que el país y su gente son sumamente interesantes. Todo lo cual, por otra parte, es absolutamente cierto.

Esta casa en la que vivo está muy bien situada, me dicen, aunque yo no haya podido comprobarlo puesto que todas las *calle*s me parecen iguales. Tiene, la casa, una puerta de madera labrada, no colosal como la de la entrada a la ciudad, pero imponente: de dos hojas sumamente pesadas, con tiradores de bronce y sin cerraduras ni llaves ni cerrojos pero con un llamador que en algún momento le describiré porque merece la pena detenerse en él.

Se entra a un, ¿cómo podré llamado?, ¿vestíbulo?, a un espacio no muy grande, todo cerrado por las ondeantes rramas. Hacia un costado sin embargo, hay una abertura en las rramas, que lleva a una cámara en la que hay un lecho desmesuradamente alto. Enfrentando la puerta de en-

trada hay otra abertura y más allá otro espacio, mucho más vasto, que hace las veces de salón, de comedor, de *bureau*, de biblioteca, de sala de estar y de lo que a usted se le ocurra. No hay muebles. Hay una tarima no muy alta en la que se despliegan cojines de todos tamaños y formas, blancos, blancos y blancos. Haga el favor de recordar, querido amigo, que todo está cubierto por la seda blanca, todo, el suelo, la tarima, los cojines, la mesa, todo. Porque hay una mesa sobre la tarima, es decir, algo que se parece a una mesa, puesto que en efecto es una tabla sostenida por cuatro patas, pero que es absurdamente baja y mucho más larga que ancha.

Después de ese lugar, que llamaremos el salón, se entra, por varias aberturas en las rannas, a un laberinto de, ¿de qué?, de otros espacios que llamaremos habitaciones. Algunas son grandes, algunas son vastísimas, algunas son pequeñas, algunas son mínimas. Transcurren corredores entre ellas o se abren unas sobre las otras y son tantas que no alcanzo a contarlas. Todas están separadas por las rannas, todas están alfombradas por la seda blanca, en todas hay lechos u otomanas o camas lujosamente vestidas de seda y cojines y almohadas. Todas ondulan invitadoras y blandas con la molicie de una cortesana oculta tras los velos. El calor dentro de la casa, ¿de qué otro modo podré llamada si no con este nostálgico nombre?, retrocede no del todo, pero se agazapa en los rincones: el viento tan ubicuo como el sol sobre el desierto, mueve las rannas, se mete por los corredores, y corre domesticado, convertido en brisa apacible y tierna, por las habitaciones.

Hay en todas ellas, aun en las más pequeñas, instalaciones para el aseo y las necesidades sanitarias. Lo sorprendente de todo esto es que se trata, no de civilización sino de obra de la naturaleza.

Me explico: en algún rincón de cualquiera de las habitaciones encuentra usted una puertecita como de sótano de la que asoma por entre la seda blanca una manilla de

bronce para abrirla. Tira usted de ella y encuentra una escalera por la que baja y baja hasta un lugar en el que corre el agua. A veces es simplemente un hilo perezoso, pero otras veces es una cascada de agua tibia en la cual bañarse lujosamente. Estuve inspeccionando una por una todas estas instalaciones, que lo son, en las habitaciones de mi casa. Si bien el agua corre naturalmente por imperio de la naturaleza como acabo de decirle, las cascadas son artificiales, sabiamente construidas con piedras y cantos rodados. Hace uno sus abluciones, se baña uno en las cascadas y cumple uno todas sus necesidades en soledad, medido por la brisa y por el ruido del agua, sin que tengan que venir sirvientes a limpiar nada, ya que el agua lo hace mejor que las manos humanas. Me atrevo a decir, querido amigo, que ni Su Majestad tiene semejantes privilegios para tratar su augusto cuerpo como estas gentes del desierto de oro y sus ocasionales huéspedes.

¿Y cómo es, dirá usted con razón, que habiendo agua en las profundidades, el país es en la superficie un desierto? Ante esa pregunta suya, que fue la mía, me contestaron que, si bien el trabajo de hacer subir el agua no es impensable ni desusadamente penoso, el agua tiene que correr precisamente escondida en el vientre de la tierra porque es la madre del oro. Mis conocimientos de química y mineralogía son escasos; tendríamos que recurrir al buen doctor Whittle para que nos iluminara al respecto, pero supongo que algo ha de haber de cierto en esa aseveración. Y de todas maneras, los abdassiris obtienen del resto del mundo todo lo que necesitan a cambio de su oro, de modo que ¿por qué han de convertirse en mezquinos agricultores, en zafios campesinos?

Hablé de cortesanas y en esa palabra me detengo en este párrafo. Pensé al partir tanto como al llegar, que la disciplina interna y las ocupaciones externas les darían una tregua a las normales pasiones masculinas. Pero no ha sido así. Las ocupaciones son pocas y distanciadas unas

de otras. Y la disciplina interna nada puede contra este clima invitador, contra los ensueños que despiertan el calor y el viento, contra la visión constante de la seda que al ondear cruje tan casi en silencio que me sorprende muchas veces congelado en un gesto, quieto, esforzándome por oír su voz. Ignoro aun si hay barrios de cortesanas en esta ciudad como los hay en casi todas las otras de este mundo, en los cuales pueda un caballero desahogar esas pasiones con ciertas seguridades para su cuerpo mortal y su alma inmortal. No he visto mujeres, pero eso no me sorprende porque lo esperaba: sabemos que en estos países los hombres las guardan como a objetos de su propiedad.

Se me dijo sin embargo, algo que me llamó la atención y a lo que hice mención en mi primera carta: que en las casas no había luz porque no hacía falta, que cuando yo tomara mujer la casa se iluminaría por sí sola. Lo tomé en un sentido figurado: el sol, el calor, el viento, el ondear de las rammás, todo excita los sentidos y los sentidos despiertan la vena poética que duerme en todo hombre. Sin contar con que en Oriente, su experiencia y la mía nos lo aseguran, suele hablarse con rodeos, sin exponer nunca el núcleo central de la cuestión en debate. Querría decir tal vez que las mujeres son las encargadas de encender las lámparas, sólo que no he visto lámparas ni velas salvo las que yo traje. O quizá que el amor y la unión de dos seres que sienten amor hacen innecesaria la luz. O algo que de momento escapa a mi imaginación porque no conozco bien a los *abdassiris*.

(De todas maneras, lejos está de mi ánimo tomar mujer del país. Ya estoy casado, querido amigo, y no lo olvido).

Las únicas mujeres que sí he visto son las servidoras que tienen todas las casas, y la mía no es una excepción: estaban aquí, como los cojines y la seda y los lechos y la tarima del salón. Las llaman esclavas y supongo que lo son. Andan casi desnudas, con el pelo suelto y descalzas, parecen mudas, no levantan los ojos del suelo, se ocupan

de mi comida, de mi ropa y de la limpieza de la casa aunque casi no se las ve, y lo hacen con tanta eficiencia que el problema de comunicarme con ellas no existe.

No hay sirvientes varones.

En cuanto a las ocupaciones que me trajeron al país, no he vuelto a entrevistarme con el shramalimm ni con alguno de sus miembros. No parece haber prisa alguna, ni en esto ni en nada. Me arden las puntas de los dedos y los pensamientos se entrecruzan en mi cabeza, tan ansioso me siento de hablar con alguna autoridad, de resolver algo, de contemplar la redacción de tratados, de planificar alguna reciprocidad económica o cultural o lo que sea. Pero nadie parece muy decidido a ponerse a trabajar. Me pregunto si trabajan alguna vez.

Se levanta uno muy temprano. Desayuna, casi siempre con frutas y zumos, aunque por suerte tengo una buena provisión de té que las sirvientas (me resisto, claro está, a llamadas esclavas) hacen a la perfección sin que yo haya tenido que explicarles nada, se baña y se afeita uno, se viste y a media mañana alguien llega para invitado a uno a un paseo que termina indefectiblemente en un vasto espacio en el que susurran las rammass y se entrevén las columnas que forman la estructura de la ciudad, y en el que se mueven como bajo el agua grupos de hombres conversando. Conversa uno también, va de un grupo a otro, oye, sonrío, asiente, se despide y vuelve a su casa y almuerza y duerme la siesta y se despierta y vuelve a salir y vuelve a volver y toma la comida de la noche y se acuesta a dormir y sueña hasta volver a despertarse oyendo la voz de la seda en las rammass.

Eso no es la vida, no puede serlo, me resisto a que lo sea. Este amigo suyo tan lejano de momento le promete que ha de dar a sus días otro sentido, que ha de cumplir como lo ha hecho otras veces la misión que le ha sido encomendada, y que no se ha de dejar vencer por el oro ni por la seda ni por el agua. Ni por el sueño.

Conozco las dificultades que enfrentamos en una comunicación tan a distancia. Sé que mis cartas van a tardar en llegar a sus manos. No importa. Llegarán, estoy seguro. Y no necesito recomendarle que me escriba y me dé sus noticias, que me ponga al tanto de la vida en Londres y de las andanzas de nuestros amigos, y que no olvide, por favor, hablarme del frío. ¿Ha habido mucha nieve? A veces, al despertar, llego a creer que el murmullo de la seda se parece al de la nieve.

Espero tener algún día la dicha de recibir sus cartas. Mientras tanto reciba los amistosos saludos de su siempre amigo

Albert-George Ruthelmeyer

EL HOGAR

Birnassam, 2 de febrero de 1809

A S.E. Duque de Bartram-Weld
Chandwick Hall
Chelmsleigh
Inglaterra

Querido amigo:

Desde el principio me ha llamado la atención que no me invitaran estos amables señores abdassiris, a visitarlos en sus casas. Tampoco entraban a la mía, aun cuando yo me atreví en varias ocasiones a proponer comidas o reuniones. A la segunda o tercera evasiva dejé de hacerlo, por cierto, y me dediqué a observar las conductas con el fin de plegarme a las costumbres del país.

Llegaban, es verdad, a mi puerta, me invitaban a salir con ellos, me esperaban allí, pero era imposible hacerlos trasponer el umbral y, como le digo, ninguno me invitó nunca a su casa. Acepté entonces los paseos y las conversaciones y me adapté al ritmo de vida imperante en la ciudad.

Este detalle de cortesía y buenas maneras tiene mucho que ver con lo que le he de relatar a continuación, aunque quizás usted no alcance a ver aun cómo se relacionan las dos cosas. No es fácil, así como no es fácil confesar mis debilidades.